

ala delta

Gemán DÍEZ BARRIO  
Camen GARCÍA IGLESIAS

# PAPÁ Y MAMÁ SE HICERON TILÍN



Miguel y Laura juegan en su cuarto, pero a veces se aburren. Entonces Laura le pide a su hermano que le cuente cómo se conocieron sus papás y cómo nacieron ellos.

Germán Díez Barrio es profesor y gran conocedor del mundo infantil, en el que se recrea con sus obras literarias.

En la calle del Doctor Ramírez, número 46, piso 5.º, letra D, viven Javier y Ana.

Tienen dos hijos: Miguel y Laura.

Laura y Miguel tienen su propio cuarto para jugar.

En él pasan mucho tiempo armando un interminable puzle que les regalaron sus padres, o jugando con los coches eléctricos, o...

Pero, algunas veces, Miguel y Laura se aburren, porque su imaginación no quiere volar.

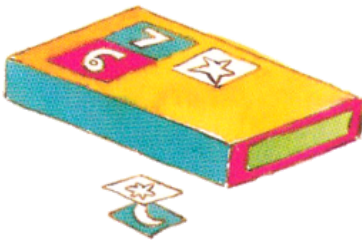
Entonces, vacían todos los cajones del cuarto, extienden los juguetes en el suelo y no saben qué hacer.

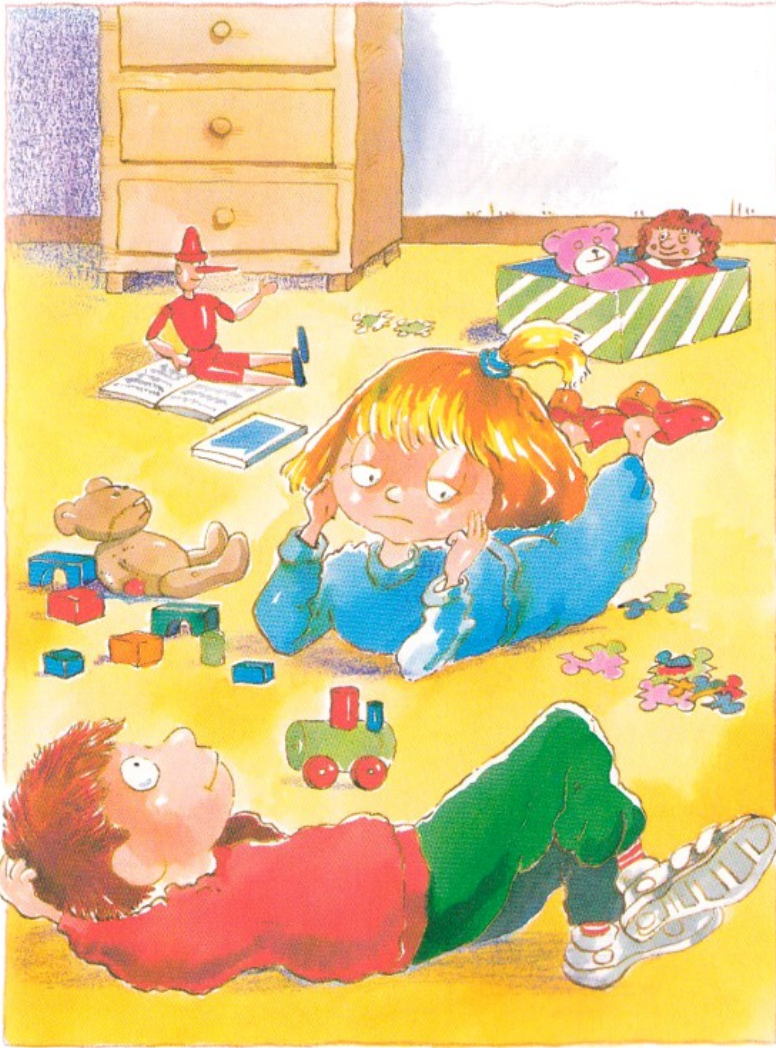
—Me aburro, Miguel —dijo Laura tumbándose en la moqueta.

—Y yo también —reconoció su hermano, tumbándose también en el suelo.

—¿Me cuentas otra vez cómo nacimos tú y yo?

—Bueno.





Recogieron todos los juguetes, llenaron de nuevo los cajones de juegos y se pusieron a hablar.

—Resulta —empezó diciendo Miguel, más serio que una patata— que papá y mamá se hicieron tilín.

—**Tilín, tilón** —canturreó Laura muy sonriente.

—Y entonces...

—Oye, Miguel —interrumpió la hermana—,  
¿qué es eso de tilín?

—¡Y yo qué sé!



—Pues si no lo sabes...

—Debe ser algo importante.

—Bueno.

—Pues eso: se hicieron tilín.

—¿Dónde se lo hicieron? —preguntó  
Laura tan intrigada que parecía que eso era mucho más im-  
portante que encontrar la tableta de chocolate que le había  
escondido mamá.

—En Grijota.

—¿Tú por qué lo sabes?





—Porque me lo ha contado mamá. No me interrumpas tantas veces, que se me va a olvidar lo que tengo que decir.

—Ya no te interrumpo más, te lo prometo.



Momentáneamente, Laura cerró la boca, dispuesta a comerse todo lo que iba a decir su hermano. Miguel se rascó la oreja derecha.

Era un gesto que repetía siempre que iba a contar algo importante. Todavía tenía el dedo índice en la oreja derecha, cuando continuó:

—Una vez fue mamá, que entonces no era mamá porque no habíamos nacido tú y yo, a Grijota con tía Conchi, como eran muy amigas. Y tía Conchi les presentó.

—¿A quién? —preguntó Laura despistada.

—A papá y a mamá.

—Ah, sí.

—Era el día de la fiesta, había mucha gente y todos estaban muy contentos.

—Y se hicieron tilín, tilón —añadió la niña con tono musical, como si estuviera dando las horas.

—Mamá sólo ha dicho que tilín.

—No te enfades, Tato.

—Pues eso: se conocieron, se hicieron novios y, después de muchos días, se casaron.



—¿En dónde?

—En una iglesia.



—Mamá llevaba un vestido blanco con un velo muy grande.

—Y papá, traje con pajari-  
ta.

—¡Qué guapos!

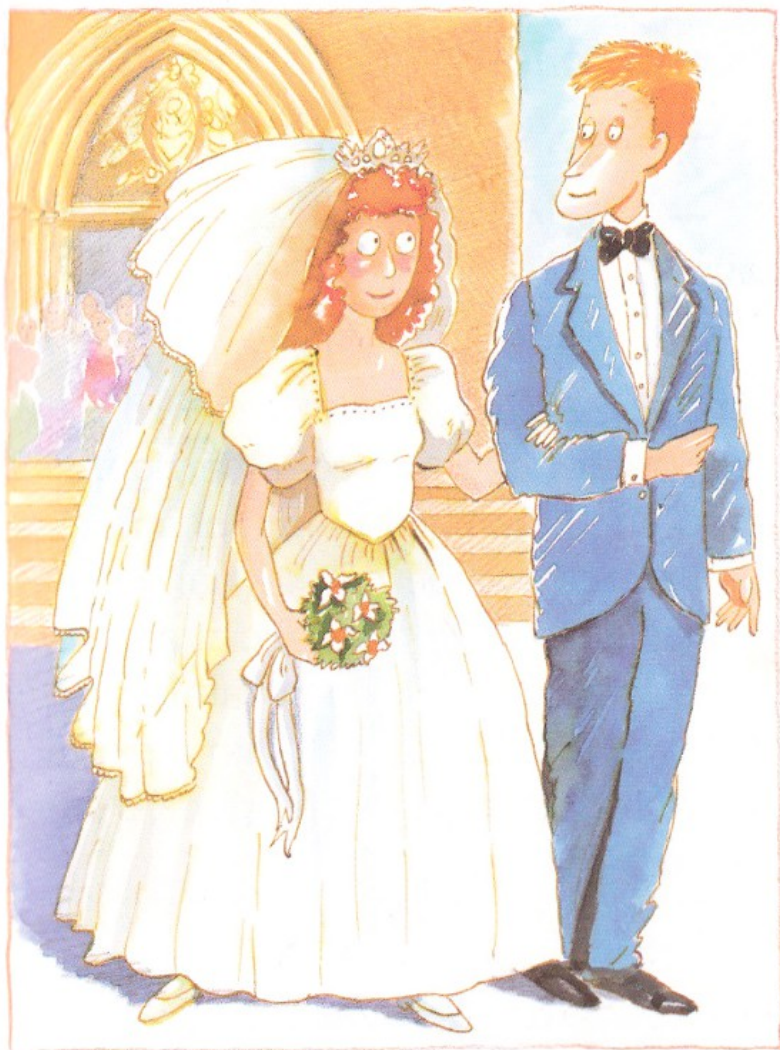
Continuó Miguel:

—A papá le trasladaron a Bilbao, le mandaron ir los de la empresa.

—A trabajar, ¿verdad, Tato?

—Sí, Laura. Y papá y mamá fueron juntos a vivir a Bilbao. Y al poco tiempo, fueron a vivir a Logroño.





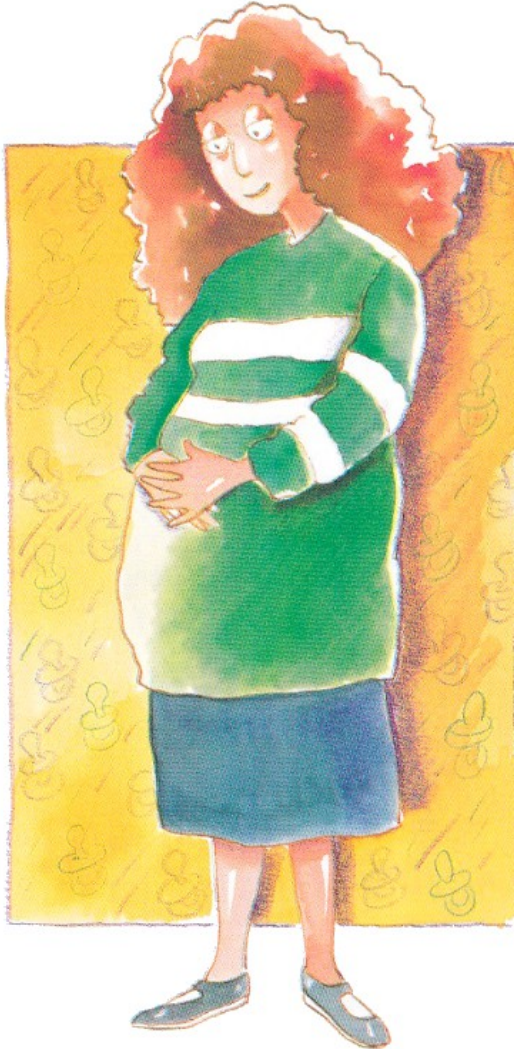
—¿Les mandó la empresa?

—Claro.

—Y allí naciste tú —afirmó Laura.

—Sí, pero espera. No nací así como así. A mamá le empezó a engordar poco a poco la barriga, como un globo cuando lo hinchas, que se hace grande, pues igual. Y deci-

dieron venir a Palencia, a casa de los abuelos. Pero en el camino mamá se puso mala, y le dijo a papá: «Corre todo lo que puedas que yo creo que va a nacer».





—¿Tú?

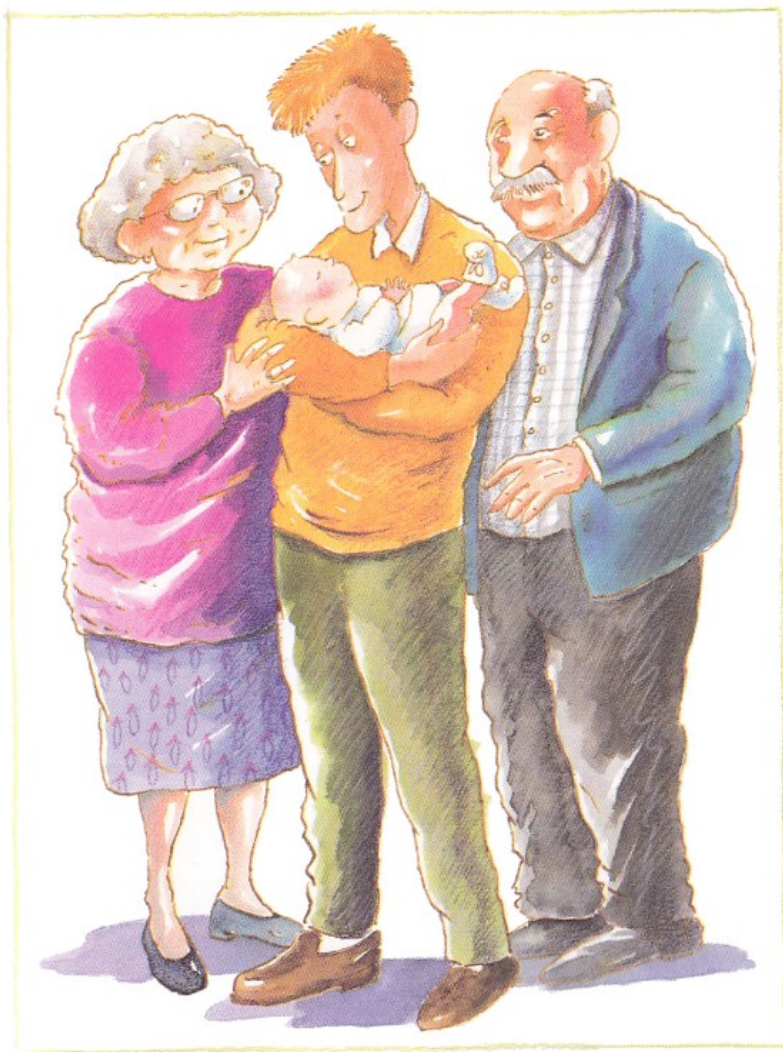


—Sí. Aceleró el coche todo lo que pudo.

Miguel puso tal cara de velocidad que parecía que era él el que conducía.

—Cuando llegaron a Burgos —prosiguió—, papá paró a dos motoristas de esos que conducen unas motos muy grandes y que corren mucho. Se lo dijo, y los de las motos fueron delante a todo correr, hasta que llegaron al hospital. Y allí nació yo. Papá se puso muy contento, y decía: «¡Será posible que una mujer tan pequeña tenga un hijo tan grande!». Después vinieron a vernos los abuelos.





—Si no lo sabían —intervino Laurita.

—Les llamó papá por teléfono y se lo dijo.

—¡Ah!

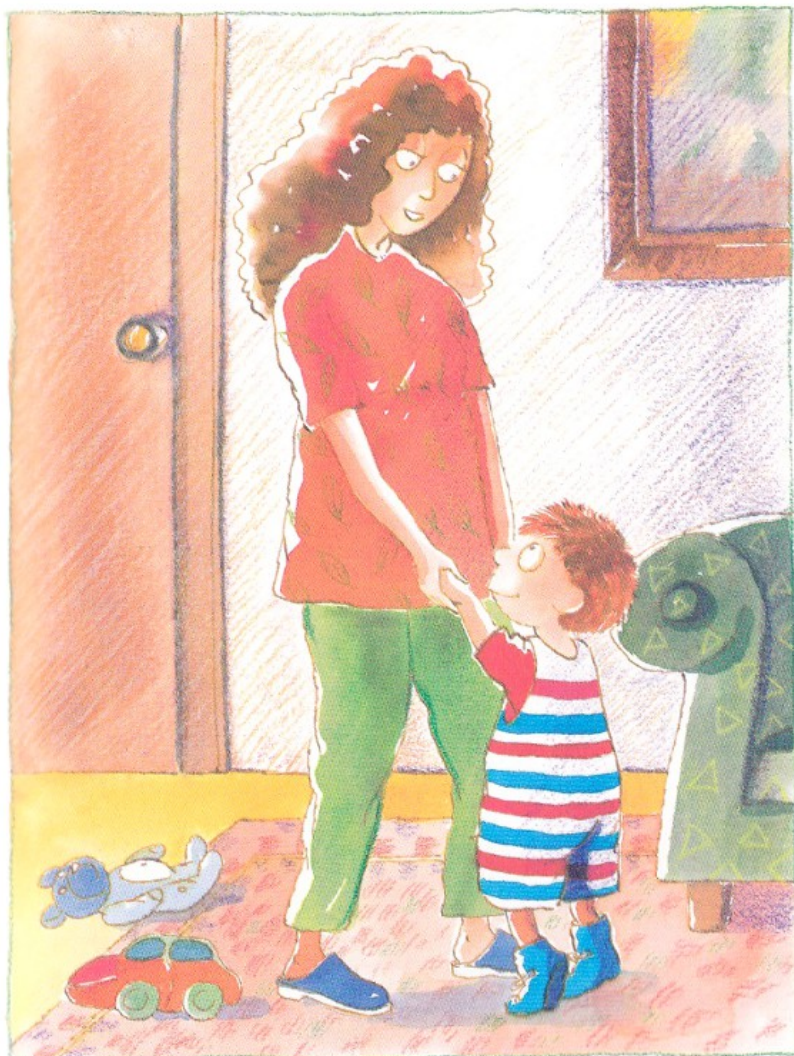
—Y a los tres días nos fuimos a Palencia.

—¿Y yo? —preguntó la niña.

—Tú todavía no habías nacido. Cuando mamá se puso bien, fuimos otra vez a Logroño.

—Yo no, ¿verdad?

—No —contestó Miguel—. Pero resulta que a mamá le empezó a engordar otra vez la barriga...





—¡Yo, yo...!—exclamó alborozada Laura.

—Espera, que todavía no habías nacido. Para que pasara igual que cuando yo nací, mamá y yo nos fuimos a casa de los abuelos antes de que tú nacieras. Un día mamá sintió dolores aquí, en la barriga, y se fue con abuelita María a la residencia.